

Ana Alonso  
Javier Pelegrín

Yinn  
جن

# Estrella dorada



1.ª edición: mayo 2013

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Ana Alonso y Javier Pelegrín, 2013  
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2013  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es  
www.clubynn.com

Ilustración de cubierta: Miguel Navia

ISBN: 978-84-678-4010-0  
Depósito legal: M. 9563/2013

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la  
*Ortografía de la lengua española*, publicada  
en el año 2010

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

جَنّ Yinn

# Estrella dorada

Ana Alonso · Javier Pelegrín

ANAYA

# Índice

9 En los libros anteriores...

## PRIMERA PARTE

<b>13</b>	Capítulo 1
<b>23</b>	Capítulo 2
<b>31</b>	Capítulo 3
<b>41</b>	Capítulo 4
<b>49</b>	Capítulo 5
<b>59</b>	Capítulo 6
<b>67</b>	Capítulo 7
<b>75</b>	Capítulo 8
<b>83</b>	Capítulo 9
<b>93</b>	Capítulo 10

## SEGUNDA PARTE

<b>103</b>	Capítulo 11
<b>111</b>	Capítulo 12
<b>119</b>	Capítulo 13

<b>129</b>	Capítulo 14
<b>137</b>	Capítulo 15
<b>145</b>	Capítulo 16

## TERCERA PARTE

<b>155</b>	Capítulo 17
<b>163</b>	Capítulo 18
<b>171</b>	Capítulo 19
<b>179</b>	Capítulo 20
<b>187</b>	Capítulo 21
<b>193</b>	Capítulo 22
<b>203</b>	Capítulo 23
<b>211</b>	Capítulo 24
<b>219</b>	Capítulo 25
<b>231</b>	Capítulo 26
<b>241</b>	Capítulo 27
<b>249</b>	Capítulo 28

## CUARTA PARTE

<b>259</b>	Capítulo 29
<b>267</b>	Capítulo 30
<b>275</b>	Capítulo 31
<b>283</b>	Capítulo 32
<b>293</b>	Capítulo 33
<b>301</b>	Capítulo 34
<b>309</b>	Capítulo 35
<b>319</b>	Capítulo 36
<b>327</b>	Capítulo 37
<b>333</b>	Capítulo 38
<b>339</b>	Epílogo

## En los libros anteriores...

**E**N EL AÑO 1120, el cristiano Diego, la musulmana Sahar y el judío Yehudá se unen para fabricar el «fuego azul», un elixir mágico con inquietantes poderes. Para ello cuentan con la ayuda de Akil, un yinn de misterioso origen cuyo destino está unido al de Diego.

Tras lograr su objetivo, los tres jóvenes se ven obligados a abandonar los territorios cristianos y a refugiarse en Isbiliya. Una vez allí se embarcan en una nueva misión para recuperar las tablas astronómicas del célebre sabio Ibn Bayyah (Avempace), en poder de una poderosa efrít llamada Lilith. La persecución los conduce hasta tierras aragonesas, donde por fin logran vencer a su enemiga, pero al final de la aventura los cuatro amigos tienen que separarse. Pese al amor que siente por Sahar, Diego decide quedarse en Aragón al servicio de Doña Constanza, una joven viuda. Sahar regresa con Yehudá a Isbiliya, mientras Akil decide poner rumbo a Galicia para ir al encuentro de su amada Olaya. ¿Logrará esta vez vencer los obstáculos que lo separan de ella para hacer realidad su amor?

# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

**S**E ESTABA HACIENDO de noche. Los árboles entrelazaban sus ramas blancas por encima de mi cabeza, y mi viejo caballo avanzaba a trompicones sobre la helada costra de nieve que cubría la tierra. El viento hacía danzar un remolino de copos blancos alrededor de mi rostro. Algunos se fundían sobre mis labios, sobre mis mejillas ateridas.

Recuerdo bien lo que pensé mientras observaba con preocupación el cielo nuboso del crepúsculo. Pensé que nunca volvería a pisar las ardientes dunas de arena, ni a refrescar mi sed en el agua verdosa de los oasis. Esos tiempos habían quedado atrás para siempre. Para siempre... El antiguo Akil habría sabido encontrar el camino de vuelta a sus orígenes, pero ¡era tan poco lo que quedaba de él! Un miserable mortal enfermo de frío y angustia, perdido en un bosque de una región desconocida, aferrándose a su última esperanza... Eso era todo.

La tristeza de aquellos pensamientos no me ayudaba a seguir adelante. Sin embargo, no podía detenerme; necesitaba llegar esa misma noche al castillo. Un leñador me había dicho, en la linde del bosque, que aquellos eran ya territorios de los Cornel. Antes o después vería aparecer



entre los árboles nevados las torres de la pequeña fortaleza. Algunos, por lo visto, la llamaban el Nido del Águila. ¡Vaya un lugar que había elegido Diego para pasar el invierno!

Pensé en Diego y en mí, y en todo lo que me había pasado desde nuestro último encuentro en la ciudad de Saraqusta. Recordaba perfectamente la confiada alegría que sentía yo cuando nos separamos. Iba a buscar a Olaya, a mi querida y preciosa Olaya. Estaba convencido de que, esta vez, nada ni nadie se interpondría entre nosotros. Al fin y al cabo, yo era un yinn, un ser poderoso y sabio capaz de doblegar a las fuerzas de la naturaleza cuando hacía falta. Me sentía pletórico de energía, y en esas condiciones, ¿quién iba a atreverse a desafiarme? No sabía cómo, pero estaba seguro de que, al final, terminaría imponiendo mi voluntad.

Qué iluso...

Entonces ignoraba que los hombres poseen armas más mortíferas para el espíritu que para el cuerpo. El chantaje, la crueldad... Ya antes se habían cruzado en mi camino, pero no de la misma manera. En mis existencias anteriores, yo solía observar los tejemanejes de los humanos con fría indiferencia, desde lejos. Alguna que otra vez llegué a compadecerme de su sufrimiento, pero no lo compartía... ¡Qué diferente era mi vida en aquellos lejanos tiempos!

El único sonido que quebraba el silencio del bosque nevado eran los jadeos entrecortados de mi caballo. Su aliento formaba un penacho de humo en el aire gélido. Él también necesitaba descansar... ¡pobre animal, obligado a enfrentarse a las inclemencias de una noche de enero por culpa de su desesperado amo!

Por fin, al doblar un recodo del camino cubierto de nieve, el paisaje se abrió y pude contemplar, sobre un

peñasco que se erguía al otro lado del valle, la orgullosa silueta del castillo de Cornel. Justo en ese instante, sonaron a lo lejos las campanas de un monasterio llamando a vísperas.

Una vez, poco antes de separarnos, Diego me había dicho que dondequiera que él viviese yo siempre tendría un hogar. Pues bien, había llegado el momento de comprobarlo... Muchas cosas habían cambiado en los últimos diez meses, pero yo estaba seguro de que algunas otras seguían igual, y una de ellas, sin duda, era el corazón de mi viejo amigo.

\* \*  
\*

El portón del castillo estaba cerrado y nadie montaba guardia en el exterior, pero desde el camino había visto una antorcha moviéndose temblorosa sobre el borde de la muralla. Centinelas, sin duda... Tenían que haberme visto llegar, y probablemente ya habrían ido a alertar a su señor de que un intruso cabalgaba hacia la fortaleza. Por si acaso, desmonté y golpeé dos veces con el aldabón de hierro la sólida madera del portón. Luego esperé, mientras los ecos de mi llamada resonaban en el interior del castillo como el viento en una caracola vacía.

No tardé mucho tiempo en oír el paso renqueante de alguien que se acercaba, y unos instantes más tarde, tras un sonoro concierto de chirridos de llaves y cerrojos, el portón se abrió, y vi ante mí un hombre de barba gris y desaliñada con una espada en la mano, los pies descalzos y una coraza mal puesta sobre la camisa de dormir.

—¿Quién eres, para presentarte a nuestras puertas en una noche como esta y llamar una y otra vez como si fueras el rey? —dijo el tipo entrecerrando los ojos para verme mejor, mientras un mozalbete se acercaba por detrás

con una antorcha humeante en la mano—. Aunque por tu aspecto, más que un rey pareces un mendigo.

—No soy ni lo uno ni lo otro. Mi nombre es Akil, y he venido a ver a Diego Tovar. Os ruego que le aviséis de mi llegada. Estoy seguro de que se alegrará de verme.

El anciano torció el gesto.

—Un infiel —gruñó, meneando la cabeza—. ¿Y decís que mi señor os conoce?

No sé por qué, me agradó el respeto con que el hombre se refería a Diego, llamándole «mi señor».

—Solo decidle mi nombre —le rogué—. Con eso bastará.

—Está bien, esperad aquí. Tú, muchacho, vigila al extranjero, y si intenta entrar antes de que yo regrese da la voz de alarma.

El chico de la antorcha y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro mientras el anciano desaparecía en las tinieblas del patio de armas. Oímos sus pasos inseguros sobre el empedrado, y luego ruido de botas en unas escaleras.

—¿Venís de tierra de moros? —me preguntó el muchacho con curiosidad.

—No, vengo de Galicia. Ha sido un viaje largo.

—¿Regresáis de Compostela? Por estas fechas no vemos a muchos peregrinos. En el verano en cambio son como una plaga. Muchos se desvían por aquí de camino al monasterio de San Juan. Las reliquias de san Indalecio tienen mucha fama, y son muy milagrosas... ¿Habéis oído la historia del caballero al que el mismo san Indalecio sanó de la gota? Se presentó vestido de hábito blanco en medio de la noche, y con él iban más de cien monjes. Todos espíritus... ¿No os lo han contado?

—Yo... no soy peregrino —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Claro, que sois un infiel. Qué cabeza tengo, si ya me lo dice mi señor don Diego, que soy tan despistado que a veces se me olvida hasta por dónde sale el sol... Mirad, aquí viene don Diego en persona.

Se me hizo un nudo en la garganta al ver acercarse a mi amigo. ¡Cuánto había cambiado en aquellos pocos meses! Había crecido, y sus hombros se habían ensanchado. Ya no parecía un muchacho, sino un hombre... Pero la vivacidad de sus ojos seguía siendo la misma de siempre.

Ante los ojos pasmados de sus sirvientes, mi viejo amigo me abrazó.

—Akil, ¡qué alegría! Solo Dios sabe lo mucho que te he echado de menos. Pedro, no te quedes ahí, lleva el caballo de mi amigo a los establos y que no le falten el agua ni la avena fresca. Luego, avisa en las cocinas para que preparen un buen caldo y lo que tengan de carne. Y tú, mi buen Alonso, despierta a los criados y que preparen uno de los aposentos de invitados. Que enciendan un fuego bien grande y dispongan la cama con las mejores sábanas que encuentren.

—Así se hará, mi señor —dijo el anciano inclinándose en una profunda reverencia—. Pero nos llevará tiempo prepararlo todo...

—Eso no importa. Avisadnos cuando todo esté listo. Esperaremos en el salón de la torre norte.

Los dos sirvientes se retiraron con mi caballo, dejándonos solos a Diego y a mí en medio del patio empedrado. A nuestro alrededor se erguían las oscuras siluetas de torres y murallas, silenciosas e imponentes. Algunos copos de nieve bailaban en el aire, tan ligeros que nunca llegaban a posarse sobre las piedras.

Yo temblaba de frío, envuelto en mi raída capa de paño oscuro. Al notarlo, la sonrisa de Diego se transformó en una mueca de preocupación.

—Akil, amigo, ¿qué te pasa? Pareces enfermo... Ven conmigo, un buen fuego te ayudará a entrar en calor.

Seguí a mi antiguo compañero de aventuras a través del patio hasta unas escaleras que ascendían por el exterior al primer piso de la torre norte. Entré tras él en una estancia con una gran chimenea encendida. Un perro grande y blanco dormitaba cerca del fuego. De las paredes colgaban armas y tapices, y había varios sillones de roble distribuidos alrededor de una mesa.

—Aquí es donde paso buena parte de la noche, esforzándome por descifrar esos endiablados manuscritos —dijo Diego apuntando a un grueso libro abierto sobre la mesa, junto a una vela medio consumida—. Pero el hermano Ramiro dice que estoy avanzando mucho.

Me acerqué a mirar las amarillentas páginas del pergamino, porque sentía curiosidad. Era un libro en latín... Leí unas líneas y, aunque no soy experto en literatura antigua, reconocí el estilo clásico y elegante de Virgilio.

—¿Ahora lees en latín? —pregunté asombrado—. Diego, la última vez que nos vimos apenas eras capaz de silabear unas pocas líneas en lengua romance...

—También leía ya algo de árabe, acuérdate. Sahar me enseñó.

Me pareció que sus mejillas se teñían levemente de rosa al evocar el nombre de nuestra común amiga.

—¿Sabes algo de ella? —me preguntó, después de un breve silencio.

—No, Diego, lo siento. No he vuelto a verla desde que nos separamos en Saraqusta, y tampoco he tenido noticias tuyas.

Diego me hizo un gesto, invitándome a sentarme en uno de los sillones frente a la chimenea. Él se quedó de pie, con los ojos clavados en el fuego.

—Pensé que... tú tienes el poder de ver a quien quieras y cuando quieras, gracias a tus visiones —murmuró Diego—. ¿Nunca has sentido curiosidad por saber qué estaba haciendo Sahar en todos estos meses?

Me obligué a sonreír. La respuesta a aquella pregunta era tan amarga para mí, que habría preferido no tener que pronunciarla nunca. Pero Diego se merecía la verdad, habría sido una infamia ocultársela.

—Diego, las visiones han desaparecido. Y no solo las visiones, todos mis poderes... Se han evaporado para siempre. Ahora no soy más que un simple mortal.

Diego me miró con una sonrisa incrédula.

—¿Estás de broma? Tú no puedes ser un simple mortal, Akil, por mucho que te esfuerces. ¿De qué diablos me estás hablando? ¿Es que estás enfermo?

—¿Enfermo? —Incluso yo pude captar la triste ironía de mi voz—. No estoy enfermo, Diego, estoy muerto. El viejo Akil ha desaparecido... Arriesgué mucho entregándole mi corazón a una mortal, y perdí.

Diego parecía incapaz de asimilar mis palabras. Me miraba con los ojos abiertos como platos. Por primera vez, su expresión volvió a ser la del muchacho ignorante e ingenuo que conocí tiempo atrás, cuando él me liberó de mi prisión de cristal.

—No puede ser —murmuró sonriendo—. Tiene que haber un error. Olaya te quería. ¿Tanto han cambiado sus sentimientos?

—Sus sentimientos no, pero su situación sí —repliqué con cansancio—. Prácticamente es una mujer casada. O lo será muy pronto... si tú no me ayudas a remediarlo.

—¿Yo? ¿Cómo puedo ayudarte yo? Lo siento, amigo, pero no entiendo nada.

Hundí mi rostro entre las manos. Me costaba trabajo reunir las fuerzas necesarias para hablar.

—Su padre ha estado muy enfermo, y el obispo Gelmírez aprovechó su debilidad para imponerle a Olaya un matrimonio que no desea. Su futuro marido es un hombre de la reina, el conde de Aldares. No hay nada que hacer, Diego... La boda se celebrará en cuanto llegue la primavera, si Alá no lo remedia.

Pronunciar el nombre de Aldares en voz alta casi me dolía. Una y otra vez, mientras intentaba conciliar el sueño, me imaginaba a Olaya arrodillada junto a él ante el altar, temblando mientras escuchaba las palabras que le arrebatarían su libertad para siempre, que la convertirían prácticamente en la propiedad de aquel hombre. Aldares era un enemigo temible, y no solo por sus influencias en la corte de Urraca y en el obispado de Compostela. Todos los que lo conocían elogiaban sus cualidades como guerrero y su valor en la batalla. A pesar de haber cumplido ya los treinta años, su porte y su rostro eran los de un hombre joven y apuesto. Y lo peor era que aquella boda, para él, no era un simple arreglo de conveniencia. Olaya le aportaría una rica dote y un feudo próspero que incorporaría a sus dominios a la muerte de su padre; pero Aldares, a pesar de ser un hombre ambicioso, no la había elegido por su dote ni sus tierras, sino por su belleza. La amaba... a su manera tosca y salvaje, estaba loco por ella.

Al notar que el silencio de Diego se prolongaba demasiado, alcé los ojos hacia él. Estaba contemplando el fuego con aire ensimismado.

—Haría lo que fuera por ti, Akil, pero me temo que no bastará para impedir esa boda —murmuró, preocupado—. Gelmírez me odia, mi intervención no haría más que empeorar las cosas. Y sabes que la reina Urraca tampoco me tiene simpatía.

—Olaya cree... Ella me hizo llegar un mensaje. Sabe que ahora te ocupas del señorío de Cornel, y dice que hay

un monasterio aquí cerca de gran importancia. Ella sostiene que entre la familia Aldares y la de Lena existe un lejano parentesco. Si se encuentran documentos que acrediten esa relación y algún clérigo de alto rango dispuesto a impugnar la boda por ese motivo, quizá no tenga que casarse. Es una posibilidad remota, los dos lo sabemos. Pero si consigue una amenaza de excomunión para el conde, puede que la boda no llegue a celebrarse...

Los ojos de Diego habían comenzado a brillar como solían hacerlo en otros tiempos.

—No digas más, Akil. Ya veo lo que te propones, y no es mala idea. Me alegro de que hayáis recurrido a mí. Todo ha cambiado mucho en estos meses, ¿sabes? Tengo amigos en el monasterio de San Juan, el abad me aprecia. Y no sé si lo sabes, pero lo que dice el abad de San Juan de la Peña se escucha con respeto en toda la Cristiandad, y eso incluye a la propia Roma. Llegaremos hasta el Papa si hace falta, te doy mi palabra.

—Entonces, ¿crees que es posible? —pregunté, esperanzado por primera vez en muchos meses—. Roma está muy lejos... ¿Nos dará tiempo a impedir la boda?

Diego me miró con una sonrisa llena de confianza.

—Todo a su tiempo. Quizá no haga falta llegar hasta el Papa. Mañana iremos al monasterio de San Juan: lo primero es hablar con el abad Sancho... Ten fe, Akil. Si Dios no quiere que esa boda se celebre, no se celebrará.



El yinn Akil viaja a Aragón para reunirse con su amigo Diego. Necesita que este le ayude a impedir la boda de Olaya con el conde de Aldares. Y la única forma de hacerlo es recuperar un cáliz sagrado que ha desaparecido del monasterio de San Juan de la Peña en extrañas circunstancias. En su búsqueda del cáliz, Akil y Diego tendrán que enfrentarse a nuevos y poderosos adversarios, y se reencontrarán con viejos amigos. El tiempo los ha cambiado a todos, y ahora son capaces de comprender que deben luchar por lo que aman si no quieren arriesgarse a perderlo para siempre. Esta vez, ni Diego, ni Sahar, ni Akil renunciarán a hacer realidad sus sueños. Pero no les resultará fácil superar los obstáculos que se interponen en su camino.



1525603



**ANAYA**

[www.anayainfantiljuvenil.com](http://www.anayainfantiljuvenil.com)